

Joaquín Gil Honduvilla, *Militares y sublevación Sevilla 1936 : causas, personajes, preparación y desarrollo*, Brenes [Sevilla], Muñoz Moya, 2011, 374 pp., ISBN: 9788480102308.

ENCARNACIÓN LEMUS LÓPEZ

El tema de la Guerra Civil española ha generado una notable bibliografía, que en los últimos años no ha hecho más que aumentar, debido especialmente al haberse convertido los estudios sobre la represión en cuestión esencial, no sólo de los debates históricos, sino también políticos. Con todo, el libro objeto de este análisis no entra dentro de lo que se ha entendido como estudio sobre las víctimas de aquella guerra, sino como un análisis sobre una de las corporaciones que mayor protagonismo tuvieron durante aquellos tres años de conflicto generalizado: la militar.

El escaso interés demostrados por quienes fueron sin duda los principales actores de los hechos ocurridos en España desde el 17 de julio de 1936 tiene su origen en la idea extendida por los aparatos de propaganda de los gobiernos del General Franco de que en la sublevación participaron, salvo excepciones, la inmensa mayoría de los militares; el Ejército, como una unidad indisoluble reaccionó contra una situación política insostenible. Esta idea, paradójicamente fue adoptada a la muerte del General por quienes, como reacción a la historia escrita en los cuarenta años que siguieron al final de la guerra, se dedicaron a revisar la historia de aquel conflicto; el Ejército, como una unidad indisoluble, se sublevó contra el gobierno legítimo de la Nación. Ambas percepciones del problema militar pecaban de simplistas y de reductoras de una realidad mucho más complicada.

Pese a la abundantísima bibliografía existente, apenas ningún trabajo publicado, tanto en fechas inmediatas a la guerra, en los años de gobierno del franquismo, como en fechas más recientes se han dedicado a analizar el problema de la corporación militar durante la República y el de su posicionamiento ante el golpe. Los autores que constituyeron la historia oficial del franquismo sólo quisieron apreciar la heroicidad de los vencedores; los que revisaron la historia tras la muerte del General Franco entendieron al estamento militar desde un monolitismo y homogeneidad institucional, que puede suponerse en el ejército vencedor en 1939, pero no en el que se encontraba en servicio al iniciarse la guerra en 1936. Vuelven a ser los más modernos historiadores los que han marcado, siempre desde

el estudio de las víctimas y de la represión de la Guerra Civil, diferencias en la institución, antes incluso de que el conflicto se iniciara, pero sin lograr adentrarse en el cuerpo de oficiales más allá de marcar víctimas y verdugos. Por todas estas razones, es interesante este trabajo al estudiar la institución castrense sin el lastre que ha significado en muchas de las obras escritas el condicionante político de su momento de edición.

Desde este punto de vista, podemos concretar que el trabajo realizado por Joaquín Gil Honduvilla, doctor en Historia, intenta analizar con profundidad al cuerpo de oficiales durante la Segunda República y dar respuesta a un interrogante claramente manifestado a lo largo de todo el texto: ¿Por qué un Ejército que en 1931 había aceptado el cambio de régimen sin manifestar o promover movimientos involucionistas, apenas cinco años después, en buena parte, participó en su derrocamiento?.

El libro centra su estudio en la Segunda División Orgánica, en lo que podríamos llamar la región militar andaluza de los años republicanos. Esta unidad tenía su cabecera en Sevilla, razón por la cual, los hechos analizados toma a esta ciudad como espacio esencial, por mucho que muchas de las acciones y acontecimientos que se relatan sucedan en otros puntos de esta región. Estructuralmente podemos encontrar tres partes claramente diferenciadas: los años republicanos, la conspiración y la propia sublevación del 18 de julio.

La primera de estas partes analiza el devenir de aquellos militares desde el inicio del nuevo régimen. Su empleo por los poderes políticos como fuerzas represivas en materias de orden público. Por otra parte, destaca la creciente politización de las estructuras militares republicanas, no ya como había sucedido durante la monarquía de Alfonso XIII, años en los que la corporación había participado en la vida política como sujeto con intereses propios, quebrando el neutralismo político al que debía estar obligado como institución armada del Estado. Durante la República, más que los militares salieran de los cuarteles se puede apreciar un proceso de proselitismo por parte de organizaciones políticas y sindicales, en lo que se puede entender un asalto de los cuarteles por parte de estas organizaciones. Ejemplos de esta politización se encuentran en sucesos tan palmarios como los sucesos de Tablada de junio de 1931, con la presencia en la base militar de Ramón Franco y una serie de compañeros, integrados en una candidatura de izquierda; los muchos procedimientos judiciales militares localizados por el autor, abiertos por la localización de propaganda política dentro de instalaciones militares o la frustrada acción del 10 de agosto de 1932, conocida como la Sanjurjada, en la que Sevilla pasa a primer plano de la vida nacional al sublevarse la guarnición contra el gobierno de la nación, en lo que puede ser entendido como el primer intento armado contra la República.

Este proceso de proselitismo nace en un momento de la vida política del país caracterizado cada vez más por la crispación. Es cierto que en el ámbito interna-

cional, esencialmente europeo, el choque de los movimientos totalitarios, tanto de derechas como de izquierdas, habían puesto entre las cuerdas a los sistemas democráticos. Pero también es cierto que la realidad política nacional fue cada vez más áspera y quebrada. Así vuelve a suceder en la Revolución de octubre de 1934, cuya conclusión provocó un amplio desapego de la casta militar en relación a la clase política. Estas tensiones afectaron al cuerpo de oficiales. Tanto es así que la radicalización política degeneró en la institución militar en el clandestinismo de unas minorías de oficiales que, poco a poco fueron alzando la voz y teniendo más presencia dentro de los cuarteles, destacando entre todas la actividad de la U.M.E y de la U.M.R.A.

Sobre estas bases de descontento arranca la conspiración, destacando entre todos los participantes en Sevilla la figura del por en aquellos años Comandante de Estado Mayor José Cuesta Monereo. A diferencia de otras aportaciones bibliográficas sobre la sublevación en la capital hispalense, que han realzado la figura del General Gonzalo Queipo de Llano, el trabajo de Joaquín Gil Honduvilla convierte en verdadero director de la conjura a este Comandante, relegando al siempre propagandista Queipo de Llano a simple ejecutor de unos planes ya trazados cuando asumió la jefatura de la región militar. Desde este punto de vista el trabajo aporta la novedad de descubrir nueva documentación oficial que demuestra que fueron hombres pertenecientes a la U.M.E., dirigidos por Cuesta, los que se encargaron de preparar una acción que llevaría en Sevilla al levantamiento de las diferentes unidades.

Especialmente interesante son los últimos meses de la República, el periodo del Frente Popular iniciado tras las elecciones de febrero de 1936. Con una sociedad crispada y un Ejército fracturado, donde pequeñas minorías sumamente politizadas condicionaron a una mayoría de militares que no se pronunciaban ante las presiones que recibían de sus compañeros el libro analiza, el libro se adentra en la conjura sevillana y en sus propias deficiencias. En su trabajo el autor llega a la conclusión que si el golpe triunfa en Sevilla, es porque buena parte de la oficialidad joven, desengañada con la República, prestó su apoyo a los conjurados. Con todo, el 18 de julio buena parte de las unidades sevillanas no estaban aseguradas en la conjura. Tanto el General Jefe de la División Orgánica Fernández de Villa-Abrille Calivara como los coroneles del Regimiento de Infantería, Allanegui, como el de Caballería, Mateo, así como el jefe de la Base Aérea, el Comandante Martínez Esteve no prestaron su apoyo, con estos jefes se posicionaron buena parte de los oficiales a sus órdenes. Tuvieron que ser depuestos estos militares, y convencidos sus subordinados para que la tarde del 18 de julio se pudiera decir que el centro de Sevilla, sólo el centro oficial, estaba en manos sublevadas.

Aquí comienza la última parte del trabajo, el análisis unidad por unidad de los hechos ocurridos en Sevilla el 18 de julio, especialmente dentro de los muros de los diferentes cuarteles. Estos hechos acreditan que las decisiones de a qué

bando apoyar de una gran mayoría de militares fueron tomadas en pocos minutos. En esos instantes, muchos militares tuvieron que optar por un bando, a pesar de no estar de acuerdo con ninguno, desconocer las verdaderas intenciones de los conjurados y no estar conforme con la política seguida por el gobierno de Madrid. Sus decisiones estuvieron motivadas por diferentes factores, entre ellos el de obediencia a sus superiores directos, hasta el punto que buena parte de ellos aceptaron las decisiones de permanecer fieles al gobierno de la nación, como posteriormente sublevarse, cuando estos mandos fueron destituidos por los nuevos rectores de la jefatura de la División Orgánica.

Con este trabajo se pretende demostrar que, aunque la gran mayoría de la oficialidad andaluza se posicionó a favor de la sublevación, realmente lo que se produjo fue una conspiración de una élite de la oficialidad, dentro de una estructura sumamente crispada y radicalizada como era la que formaban el cuadro de oficiales de la época. Como en la España de aquellos años, en aquel ejército se produjo una fuerte radicalización de unas minorías, tanto hacia la izquierda como hacia la derecha de los pensamientos políticos, que condicionaron a la gran masa militar, por mucho que ésta cada vez basculara más, aunque en silencio, contra una realidad política que no compartía. La revuelta de unos pocos, la obediencia de la mayoría y la resistencia de algunos aceleró la crisis de un ejército que venía gestándose desde hacía muchos años, desde el inicio del siglo XX.